

Frivolizamos la paz cuando sólo pensamos en los vivos

Entrevista con Reyes Mate

AZRIEL BIBLIOWICZ

Pocos pensadores en la filosofía moderna cuentan con esa propiedad que distingue al filósofo español Reyes Mate, la claridad y la concisión. En su paso por Bogotá y Barranquilla habló de Walter Benjamin, del Holocausto y de pensadores como Franz Rosenzweig. Reyes Mate es doctor en filosofía de la Universidad de Münster en Westfalen y de la Universidad Autónoma de Madrid. Es director del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigación y Ciencia de Madrid, al tiempo que del programa Encyclopedie Iberoamericana de Filosofía. Entre sus libros se cuentan La razón de los vencidos, Memorias de Occidente, Actualidad de pensadores judíos olvidados, Heidegger y el judaísmo, De Atenas a Jerusalén. Además, es colaborador habitual de las columnas de opinión de El País y el Periódico de Cataluña.

Azriel Bibliowicz: En la conferencia que dictó en el Instituto Pensar, organizada por Guillermo Hoyos de la Universidad Javeriana, decía usted que lo que genera pensamiento es lo impensable, lo que está mal o insuficientemente pensado. Quiero aprovechar esta ocasión para que nos ayude a reflexionar sobre algunos de los temas álgidos ausentes de nuestra agenda social y política. En primer lugar, quisiera que habláramos sobre un tema que en apariencia no tiene que ver con la política, el del tratamiento del cuerpo, dado que pareciera que el terreno en que se lucha esta guerra colombiana es el del cuerpo del campesino.

Reyes Mate: La modernidad supone el descubrimiento del cuerpo, la búsqueda de un equilibrio armonioso entre el cuerpo, hasta entonces tan degradado, y el

AZRIEL
BIBLIOWICZ
Escritor y
literato,
profesor de
Artes de la
Universidad
Nacional de
Colombia.

espíritu. La Declaración de los derechos humanos y del ciudadano de 1789 fundamento el ser hombre en el cuerpo, pues hasta ese momento la dignidad humana estaba en función de la cuna, alta o baja. Aquello supuso un gran logro. Ese equilibrio se ha roto en favor del cuerpo. Sólo somos cuerpo. Permítame un ejemplo para aclarar la idea: hace poco hubo un conflicto en un pueblo español contra un grupo de dos mil inmigrantes magrebíes, que llevaba más de diez años trabajando allí. De repente el pueblo se rebela contra ellos. Al día siguiente el Ministro de Asuntos Exteriores español declara solemnemente que "para el Estado español, el extranjero sin papeles no existe". ¿Qué quiere decir? El gobierno, como los empresarios del pueblo, sabe que los inmigrantes existen pues por algo llevan diez años haciendo los trabajos más duros. Les reconocen, por tanto, una existencia como mano de obra, como cuerpos de trabajo; pero niegan que ese cuerpo pretenda ser un sujeto de derechos. Eso no. Es un ejemplo de lo que está pasando actualmente. La política moderna está reduciendo al hombre a puro cuerpo. Eso fue el fascismo. Los nazis primero se redujeron a puro cuerpo porque identificaron la realización verdadera, o la "auténticidad" como decía Heidegger, con la fidelidad al cuerpo, es decir, a la sangre y a la tierra. Y como el cuerpo ario fue declarado superior se vieron obligados a liquidar otros cuerpos que pudieran contaminarlos. El judío representaba el otro cuerpo, el extraño, visto como una amenaza a la que no se podía reconocer ningún derecho, había que aislarlo y destruirlo. Para eso inventaron los campos de concentración. Creo que a los habitantes de ese pueblo andaluz les encantaría encerrar a los magrebíes en "campos" y así limitar el contacto con ellos al contacto con puras manos, manos de obra sin derecho alguno.

A.B.: *El tema de la violencia da mucho que pensar en este país. Usted tiene un concepto sobre la amnistía que deberíamos conocer y sobre la cual es importante reflexionar.*

R.M.: La violencia es uno de esos temas mayores que dan para pensar. Es verdad que frente a la violencia no basta plantear bien las cosas. Pero también es cierto que si no se plantean bien los términos del problema, tampoco se resuelven. Creo que hay un gran equívoco en este asunto por parte del Estado y de los violentos. Ambos comparten el convencimiento de que, para una sociedad moderna, nada hay superior a la paz. La paz no tiene precio, es decir, se puede pagar cualquier precio por ello. Los violentos lo saben muy bien y por eso les da lo mismo matar veinte que veinte mil: están convencidos que el día que depongan las armas obtendrán, como mínimo, la amnistía, el perdón y el olvido de sus crímenes. Planteadas así las cosas nunca se conseguirá la paz, o si se consigue nunca será una paz estable, una reconciliación. Distingo pues entre paz y reconciliación. ¿Por qué no se conseguirá una paz estable y justa? Porque para ello hacen falta dos elementos: que el violento reconozca la inmoralidad de las muertes inferidas, de suerte que se le pueda perdonar y que la sociedad cure las heridas que el crimen produce en la convivencia. Ahora bien, ni el Estado puede perdonar ni las heridas sociales se curan olvidando. Sólo pueden perdonar las víctimas y las heridas se curan integrando al criminal en la sociedad por la vía del arrepentimiento y de la acogida social. La reconciliación supone, en definitiva, el protagonismo de la sociedad –no sólo del Estado– en el proceso de pacificación.

A.B.: *En Colombia la paz es una de aquellas palabras que hemos trivializado y frivolizado, produciendo un desgaste que afecta el discurso.*

R.M.: Frivolizamos la paz cuando sólo pensamos en los vivos. Estamos tan hartos de los asesinatos, secuestros, robos, extorsiones, etc., que daríamos cualquier cosa para que acabara esa pesadilla. Dudo que de esa manera podamos detener la mano criminal. El asesino debe saber que la muerte de un sólo inocente va a pesar como una losa sobre su futuro y el de los

demás. La vida del ser más modesto es de valor absoluto. Y el mal que se le hace no puede prescribir, ni ser olvidado. Porque, si en el momento de la negociación todo prescribe o se olvida, ¿qué impide seguir matando? El criminal triunfa dos veces: cuando asesina y cuando olvidamos. Así nadie estará a salvo. Por eso digo que la sangre derramada es un protagonista de la paz. Para no trivializar la vida de los vivos hay que valorar la vida segada de los muertos.

A.B.: Usted ha analizado el holocausto nazi y su importancia para comprender la barbarie. Ha afirmando que ese episodio no se puede entender como un simple error histórico. En su análisis destaca el papel del testigo en la historia, ¿cómo es esto?

R.M.: No podemos conjurar el peligro de la barbarie si no comprendemos los caídos extremos que hemos padecido. No basta la mirada de los historiadores, es importante comprender lo que ha pasado a partir del relato de los testigos. El testigo es una figura capital de nuestro tiempo porque ha experimentado, hasta el final, lo que dan de sí los tiempos que vivimos. Sabemos que los prisioneros se mantuvieron vivos en los campos de concentración por la voluntad de contar el horror jamás imaginado por los contemporáneos. Pero los testigos no quieren dar testimonio de lo suyo, sino quieren prestar la voz a quienes no pueden hablar porque tuvieron que apurar el cáliz del sufrimiento. Nos transmiten dos mensajes. Primero, dirigen nuestra mirada hacia esos seres en los que se consumó el plan de los verdugos, a saber, llevar lentamente a las víctimas no sólo a la destrucción física, sino a la destrucción moral, es decir, hasta el mundo en que ellos mismos no se pudieran considerar seres humanos. Quien llegaba al final de ese proceso no volvía, enmudecía para siempre. Lo que los testigos nos dicen es que si esos seres, en su última fase de tortura y sufrimiento son inhumanos, nosotros no somos humanos, nadie es humano. Y también dicen otra cosa. El camino para conquistar la humanidad no es cerrar los ojos y los oídos, sino abrir-

los y hacerse cargo de sus preguntas. Ellos son, en su aparente inhumanidad, el camino de nuestra posible humanidad.

A.B.: Hablemos de otro tema filosófico, la responsabilidad, presente en la obra de filósofos como Emmanuel Levinas y en la suya también.

R.M.: La razón moderna ha desarrollado la tesis de que cada quien es responsable de sus actos. Pero hay que agregar que también somos responsables de los actos que no hemos cometido. Las desigualdades existentes son productos del hombre, de las acciones del hombre y hay que entender que este mundo lo hicieron nuestros abuelos y nosotros lo heredamos. Ahora bien, sucede que algunos heredaron las fortunas y otros los infortunios. Pero entre las fortunas de los unos y los infortunios de los otros, hay una relación. Walter Benjamín decía: No nacemos inocentes. No es que nazcamos culpables, la culpabilidad es personal e intransferible, pero la responsabilidad puede heredarse. Si mi abuelo ha sido un ladrón y heredo su riqueza, yo no heredo la culpabilidad de mi abuelo, pero sí su responsabilidad. Los hijos de los nazis no heredaron la culpabilidad de sus padres, pero sí son responsables de lo que hicieron sus padres y lo serán por generaciones. La responsabilidad significa tener que responder a las preguntas del otro. Visto desde esta perspectiva política, la justicia consiste en responder a la injusticia del mundo. ¿Por qué tenemos que hacernos cargo de los problemas del mundo y no sólo de los que causamos nosotros? Porque el mal en el mundo lo ha causado el hombre, nosotros o nuestros abuelos. Las desigualdades que encontramos al nacer no están ahí como las montañas o los ríos. Son cosa del hombre, por eso hay que hablar de injusticias y no sólo de desigualdades. Yo sé que esto choca, que esta idea de injusticia no se enseña en las facultades de derecho, ni está recogida en los códigos penales. Pero no hay que olvidar que las teorías de la justicia son cosa de vencedores. Y éstos, lo primero que hacen, es olvidar el pasado, para no tener que

responsabilizarse de él. Por eso la justicia mundial ha creado una figura peligrosísima: la prescripción, que se puede traducir por "hay que pasar página". Ésa es la teoría del vencedor. El vencido no se deja engañar con ese malabarismo, pues aunque no haya ido a la escuela, sabe, gracias a la memoria, que las desigualdades del presente responden a injusticias pasadas.

A.B.: *Auschwitz nos llevó y aún nos conduce a formular preguntas sobre cómo es posible pensar o hacer poesía después del holocausto, como lo planteaba Adorno. En otras palabras, ¿podemos pensar o hacer arte a espaldas del dolor?*

R.M.: Cuando hablamos de Auschwitz, nos referimos a él como símbolo de la barbarie, pero el horror se da en muchas partes. Por eso sigue siendo válida la pregunta si se puede pensar a espaldas del sufrimiento. Ahora bien, la cultura occidental por lo general ha pensado a espaldas del sufrimiento. Ha creído que para ser racional tiene que ser apática, es decir, impasible. Ha relacionado racionalidad con universalidad, y el sufrimiento pertenece al capítulo de los sentimientos y el sentimiento es lo particular. Llevamos siglos, de acuerdo con Franz Rosenzweig, haciendo abstracción de los conflictos. Es hora que abramos los ojos al conflicto. Y por eso hay que relacionar el pensar con el pesar. No podemos pensar a espaldas del sufrimiento.

Pero para poder mirar la realidad de frente y entender que sólo así podemos llegar a una solución de sus problemas, hay que aceptar que esa realidad fea, conflictiva y desafiante es cosa nuestra. Los problemas de la vida no nacen por generación espontánea, son cosa del hombre. Por eso, la realidad nos interpela y nos exige responsabilidades. Pues bien, para construir ese camino hay que contar con la memoria. La memoria no es sólo una facultad de los novelistas, sino el meollo mismo de la inteligencia, la posibilidad de llegar al lado oculto de la realidad.

A.B.: *Hablemos del totalitarismo, particularmente en este país donde el conflicto armado abre las puertas del totalitarismo.*

R.M.: Hay un autor norteamericano, Sigmund Bauman, quien ha escrito un bello y profundo libro titulado: *Modernidad y Holocausto*. Sostiene que lo grave del holocausto no es que haya ocurrido una vez, sino que puede volver a ocurrir. Puede volver a ocurrir porque cualquiera de nuestras sociedades modernas lo puede volver a reproducir. El fascismo ya nadie lo considera un error histórico, un accidente histórico, cada vez se piensa más que estaba en las mismas posibilidades de la modernidad. Estaba en eso que hablamos al principio, el cuerpo. Esa revalorización del cuerpo tenía como peligro el absolutizarlo y reducirse a puro cuerpo, lo que también lo llevaba a reducir a los demás a puro cuerpo. Y reducirse a sangre y tierra, el cuerpo del ario es el cuerpo perfecto. Entonces eso lo llevó a negar los cuerpos de los demás. Sobre todo, aquel cuerpo como el del judío, el gitano, o el negro, que podía alterar "la nobleza" del cuerpo del ario. Ese peligro fue cifrado por los nazis en el judío, que era un cuerpo extraño, otro cuerpo, lo convirtieron en el cuerpo peligroso y había que aniquilarlo. Al final de la guerra, Europa se dijo a sí misma: Nunca más. Vale la pena preguntarnos si hemos hecho lo suficiente para que aquello nunca se vuelva a repetir. Evidentemente, no hemos hecho lo suficiente. Pero hemos intentado reducir el peligro del totalitarismo. Tanto en las ideologías políticas de derecha o izquierda que eran totalitarias. El desarrollo del liberalismo ha conjurado esa posibilidad, la del totalitarismo, pero eso no es suficiente, porque el propio liberalismo lleva consigo el germen de la perdición. Esto hay que analizarlo con frialdad. Hay que preguntarse: ¿Qué papel juega la libertad en el liberalismo? Creo que juega un papel importante, en el sentido de ser un medio. Es un sistema que necesita como combustible la libertad, pero su objetivo no es la libertad del hombre. Ésta es un medio, y mientras así lo sea, el peligro del fascismo es evidente.

A.B.: *Usted ha estudiado el tema de la tolerancia. ¿Podría hablarnos al respecto?*

R.M.: Confundimos tolerancia con reconocer que cada cual tiene un lugar al sol y que cada cual haga su vida. Frente a situaciones donde eso no era posible es un adelanto, pero debemos pensar un poco más en la tolerancia y ver los límites de este planteamiento. Hay dos formas de plantear la tolerancia. Tradicionalmente se ha planteado de acuerdo con las ideas de Lessing, que en el siglo XVIII explicó las razones de la tolerancia. La mejor explicación que tenemos sobre la necesidad de la tolerancia la tenemos en su obra de teatro *Natán el Sabio*, donde los protagonistas son un judío, un moro y un cristiano. El judío es comerciante, el moro político y el cristiano guerrero. El político, que es Saladino, regidor de Jerusalén, se dice: Está bien dejemos ya de pelear y pongamos un punto final a esta guerra. Se da cuenta que la guerra es producto de un problema teológico, filosófico, y cultural previo. No puede haber convivencia entre seres diferentes si cada uno de ellos dice que tiene la única verdad, porque habría 3 verdades, únicas y verdaderas, lo que resulta imposible, entonces para que haya paz debe resolverse ese dilema. Y se hace la siguiente reflexión: Él es musulmán por familia, el guerrero otro tanto, y llega a la conclusión que Natán, que es un sabio, debe haber re-

flexionado sobre el problema. Y le pregunta qué razón tiene para ser judío y no cristiano o moro. Natán le cuenta la parábola de los judíos sefarditas de los tres anillos. Y la parábola tiene como lección, que antes que judíos, moros o cristianos todos somos hombres. Esa humanidad común debe permitir que dejemos al lado las diferencias y podamos convivir. La idea de Lessing supuso un logro histórico, todavía hoy acudimos a este texto para explicar la idea de tolerancia. Pero otro judío, siglo y medio después, Franz Rosenzweig, se indigna con su co-religionario y compatriota, por lo siguiente: al final de la obra, Natán, quien defiende la tesis de la convivencia porque todos somos hombres, no puede evitar recordar que sus siete hijos y su mujer fueron asesinados por los cristianos. Rosenzweig dice, si hablamos en serio de la tolerancia, debemos hablar de seres diferentes que se han hecho la guerra. ¿Qué significa ser tolerante entre víctimas y verdugos? Rosenzweig apuesta por esta convivencia. Debe haber una convivencia entre víctimas y verdugos, pero la tolerancia verdadera obliga a elaborar esta difícil situación. Por eso, no sólo la paz y la reconciliación conducen a una tolerancia, sino el reconocimiento de las diferencias.



Autorretrato 9 a.m.